

# LAS REVISTAS HEREDERAS DE *ACCIÓN ESPAÑOLA*

JUAN LUIS FERRARI

Letrado del Ilustre Colegio de Abogados de Sevilla

juanluisfc@hotmail.com

**RESUMEN:** La revista *Acción Española* (1931-1936) fue el resultado de un movimiento intelectual, político, histórico y cultural que enlaza con el pensamiento contrarrevolucionario del siglo XIX enfrentado al modernismo que refleja la ideología liberal. Puede además considerarse de manera compleja a *Acción Española*, en cuanto revista, editorial y sociedad cultural, que extendió su actividad de una manera diversificada, con la finalidad de conseguir un frente unitario en el orden de pensamiento y, más tarde, en el político militar. *Acción Española* actualizó la concepción católica del mundo. Con posterioridad, han sido varias las publicaciones que han pretendido situarse en la órbita del referido movimiento y, por tanto, pueden considerarse herederas de lo que supuso *Acción Española*, como son *Arbor*, *Ateneo*, *Punta Europa*, *Atlántida*, *Verbo* y *Razón Española*.

**PALABRAS CLAVE:** *Acción Española* – *Arbor* – *Ateneo* – *Punta Europa* – *Atlántida* – *Verbo* – *Razón Española* – Pensamiento político tradicional

**ABSTRACT:** As a magazine, *Acción Española* (1931-1936) was the product of an intellectual, political, historical and cultural movement which connects with 19th century counter-revolutionary thinking as opposed to the Modernism reflected in liberal ideology. *Acción Española* can also be considered in a more complex way as a magazine, a publishing house and a cultural association which expanded and diversified its activities with a view to creating a united front in the realm of thought and, later on, in the political and military fields, and updated the Catholic worldview. Afterwards, several publications such as *Arbor*, *Ateneo*, *Punta Europa*, *Atlántida*, *Verbo* and *Razón Española* have tried to position themselves within the sphere of the said movement, and it may therefore be said that they picked up the torch of *Acción Española*.

**KEY WORDS:** *Acción Española* – *Arbor* – *Ateneo* – *Punta Europa* – *Atlántida* – *Verbo* – *Razón Española* – Traditional political thought

---

*Juan Luis Ferrari* es abogado del Ilustre Colegio de Sevilla y del Ilustre Colegio de Lucena (Córdoba). Especialista en Derecho Administrativo y Penal. Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Doctorando en el Departamento de Derecho Político de la Universidad de Educación a Distancia.

## INTRODUCCIÓN

El movimiento intelectual, político, histórico y cultural que se conocerá con el nombre de la revista que lo compactó, *Acción Española*<sup>1</sup>, tiene, unos orígenes remotos y próximos.

Enlazar con los primeros sería, en este caso, enlazar con el pensamiento político llamado con frecuencia contrarrevolucionario (y que quizá fuera mejor llamar tradicional<sup>2</sup>) del siglo XIX. Marcado principalmente por el carlismo y sus familias (con frecuencia mal avenidas), algunas de sus cimas curiosamente no militaron en las filas de la legitimidad proscrita sino que pusieron sus preferencias en el otro lado de la disputa dinástica. Es sabido que tanto Donoso Cortés como Balmes no pueden ser encuadrados en el carlismo. El primero, desde luego, fue un fiel servidor de la Regente liberal, si bien sabemos que –tras su “conversión”<sup>3</sup>– sufrió una profunda evolución que le llevó a las puertas del legitimismo carlista. El segundo, en cambio, aunque ha sido considerado carlista por algunos (Melchor Ferrer por ejemplo), permanece liberal para otros muchos<sup>4</sup>. El caso de Menéndez Pelayo es, de todos modos, más significativo.

1 Entre la abundante literatura sobre *Acción Española* hay algunas obras que son de referencia inexcusable, cualquiera que sea el juicio sobre muchas de sus tesis. Entre ellas destacan Luis María ANSÓN, *Acción Española*, Zaragoza: Círculo, 1960; Raúl MORODO, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid: Alianza Editorial, S.A., 1985; Eugenio VEGAS LATAPIE, *Memorias políticas*, 3 vols., [Barcelona: Planeta, 1983; Madrid: Tebas, 1987; Madrid: Actas, 1995)]; y el completo e interesante trabajo de Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *Acción Española: teología política y nacionalismo autoritario en España (1931-1936)*, Madrid: Tecnos, 1998.

2 Cfr. Danilo CASTELLANO, “La ideología contrarrevolucionaria”, en Joaquim VERISSIMO SERRAO y Alfonso BULLÓN DE MENDOZA, *La contrarrevolución legitimista en Europa (1688-1876)*, Madrid: Editorial Complutense, 1995, p. 35 y s.

3 Las comillas se deben a que Donoso fue siempre católico. Abandonó sin embargo en sus últimos años el catolicismo liberal (*rectius* liberalismo católico) para abrazar el catolicismo íntegro (integral) e iniciar el período más fecundo de su pensamiento. Puede verse al respecto el dossier de los *Anales de la Fundación Elías de Tejada*, vol. XVI, Madrid: 2010, con contribuciones de Miguel Ayuso (Madrid), Giovanni Turco (Nápoles), Jacek Bartyzel (Torun), Cristián Garay (Santiago de Chile), Consuelo Martínez-Sicluna (Madrid) y José Antonio Ullate (Pamplona). El mismo Donoso explicó que las razones de esa conversión residían, además –claro está– de en la misericordia divina, en el “estudio profundo de las revoluciones”. “Carta al Conde de Montalembert”, en *Obras completas*, ed. cit., vol. II, p. 327-328. Un interesante análisis de la afirmación puede encontrarse en Ángel LÓPEZ-AMO, *Sobre el estudio profundo de las revoluciones*, Pamplona: 1956. Don Federico Suárez Verdeguer, el máximo especialista en la biografía de Donoso, ya lo había apuntado en su *Evolución política de Donoso Cortés*, Santiago de Compostela: Imprenta Paredes, 1949.

4 Habría que distinguir, de todos modos, entre el pensamiento y la acción. En cuanto al primero, ha sido objeto de una crítica feroz desde un sector del tradicionalismo carlista: cfr. AA.VV., *El otro Balmes*, Sevilla: Jurra, 1974, en especial los textos de Francisco Elías de Tejada y Francisco Puy Muñoz. La acción, enderezada al matrimonio entre doña Isabel y Carlos VI, no parece que fuera liberal, como se ve en el hecho de que tras el fracaso no prosiguiera la línea vilumista. Lo explica muy bien Francisco CANALS, *Política española: pasado y futuro*. Barcelona: Acervo, 1977, donde se recopilan distintos textos del autor, como “El fracaso de Balmes”, p. 107 y s. No olvidemos, finalmente, que a él se debe la afirmación de que “el partido conservador es conservador de la revolución”, en *Escritos políticos de Jaime Balmes*, Madrid: Imprenta de la Sociedad de operarios del mismo arte, 1847, p. 207.

Pues, pese a que algunos de sus textos más conocidos (“El brindis del Retiro” o el “Epílogo” de la *Historia de los heretodoxos españoles*) parecieron engrosar los monumentos del integrista, su actitud política ligada al conservatismo liberal y una línea intelectual crecientemente ecléctica lo separa claramente de la Tradición española<sup>5</sup>. Así pues, es singular que la nómina de los autores más a menudo citados como representantes de la línea tradicional no fueran estrictamente carlistas, como luego ha de ocurrir con *Acción Española*. Lo que no quita, claro está, para que en el seno del carlismo haya nombres muy relevantes, si bien menos conocidos (de Magín Ferrer a Vázquez de Mella, pasando por Aparisi, Pedro de Hoz, etc.)<sup>6</sup>. El pensamiento tradicional se fue configurando progresivamente, como consecuencia, entre otras causas, del revulsivo tardío que produce la entrada y consolidación de las ideas liberales. Dicho movimiento contrarrevolucionario expresará en esta etapa un tradicionalismo político-social y religioso, en oposición al modernismo que refleja la ideología liberal, con sus diferentes matices.

Los antecedentes próximos no pueden ser otros que el fracaso de la dictadura del general Primo de Rivera y la consiguiente (aunque no inmediata) proclamación de la República. Frente a la aceptación de ésta por el episcopado (incluido el propio cardenal Segura, que se limitó a dedicar unas frases amables a la monarquía desaparecida) y por parte importante de la política de derecha (el mundo de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y sus medios de comunicación, singularmente *El Debate*)<sup>7</sup>, el carlismo (que se está reuniendo tras haberse ido fragmentando en los decenios anteriores: el integrista de Nocedal y el mellismo) va a ser fiel de inmediato a su línea de pugnacidad. Al mismo, sin embargo, se va a sumar pronto un grupo de hombres provenientes del enemigo dinástico, del alfonsinismo<sup>8</sup>.

Raúl Morodo ha señalado tres tipos de motivaciones:

“En primer lugar, el gradual deslizamiento de los sectores monárquico-liberales al republicanismo conservador deja, lentamente, sin liberales a la monarquía, y sin monarquía al país. Maura y Ossorio serán ejemplos significativos. Este he-

---

5 Puede verse el dossier de la revista nº 5 de *Fuego y Raya*, Córdoba de Tucumán: 2013, con textos de Miguel Ayuso, Ángel David Martín Rubio, José Miguel Gamba y Juan Manuel de Prada, en especial el primero, donde explaya una tesis muy aguda de Elías de Tejada sobre “el menéndezpelayismo político” sobre la que luego habremos de volver.

6 La obra de referencia, pese a numerosos errores que la afean, pero que no quitan un ápice de su valor, sigue siendo la de Melchor FERRER, *Historia del tradicionalismo español*, 30 vols., Sevilla-Madrid: 1941-1979.

7 Cfr. Miguel AYUSO, *La constitución cristiana de los Estados*, Barcelona: Scire, 2008, p. 105 y s., donde explica bien los datos históricos.

8 Cfr. Santiago GALINDO HERRERO, *Los partidos monárquicos bajo la II República*, 2ª ed., Madrid: Rialp, 1956.

cho, con un error de perspectiva histórica, se interpreta –en los sectores nostálgicos de la extrema derecha monárquica– que es el liberalismo el ‘gran culpable’, el que ha acabado con la institución monárquica y consecuentemente que es necesario buscar una nueva doctrina, o renovar el antiguo tradicionalismo, que sirva de techo ideológico a una nueva monarquía. Así sucederá que el tradicionalismo, como ideología residual en la España de entonces, gana terreno como ideología válida y presumiblemente viable dentro de la extrema derecha. En segundo lugar, instalada la República, las diferencias dinásticas, aunque vigentes, tienden a flexibilizarse y se concreta también la necesidad doctrinal –previa, obviamente, para la acción política conspiratoria– de construir una plataforma o dispositivo ideológico no sólo anti-régimen, sino también antisistema socioeconómico. Es decir, produce un efecto multiplicador antiliberal, antiparlamentario y lógicamente antidemocrático. No se trata sólo de un problema institucional y dinástico –lo que llevaba a un permanente conflicto y enfrentamiento alfonsismo-carlismo–, sino ya de defensa del ‘orden social’ que se sentía amenazado, lo que implica la conveniencia de unión o, al menos, coordinación efectiva del mayor número de grupos y sectores marginados. La religión será también, como se verá, el gran pretexto y su hábil instrumentalización dialéctica y política, en una circunstancia en que el catolicismo de la jerarquía y del clero era inequívocamente beligerante y con gran fuerza social. En tercer lugar, estamos internacionalmente en la época de los fascismos ascendentes y triunfalistas. Es cierto que en la mayoría de los países europeos en su camino autoritario y totalitario –Alemania e Italia, sobre todo– la ‘solución fascista’ no es otra cosa que el paso en falso de una sociedad liberal a una sociedad industrial y que, en gran medida, la estructura social española no responde a este esquema sociológico. Sin embargo, a pesar del subdesarrollo español, a pesar de sus estructuras preferentemente agrícolas, las ideologías fascistas [...] ejercerán una notable influencia progresiva en *Acción Española*”<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Raúl MORODO, “La formalización de Acción Española”, *Revista de Estudios Políticos*, nueva época, nº 1, Madrid: 1978, p. 29 y 30. El contenido de este artículo lo encontramos incorporado y revisado a su monografía sobre el tema ya citada.

La formalización del grupo de *Acción Española* se debe en buena medida al tesón de un joven letrado del Consejo de Estado y auditor de guerra del Ejército: Eugenio Vegas Latapie. Nombres como los de Maeztu o Pradera tienen indiscutiblemente un mayor peso intelectual, el primero en el sector alfonsino, el segundo en un carlismo no demasiado purista. Calvo Sotelo tiene un gran prestigio político. Lo mismo puede decirse de la relevancia social del marqués de Quintanar. En cambio va a ser Vegas el hombre decisivo<sup>10</sup>. La nueva Constitución republicana coincide cronológicamente con la aparición del primer número de la revista *Acción Española*, en diciembre de 1931, iniciándose con ello su singlatura, que recoge entre este año y 1936 toda una serie de principios antiliberales y tradicionales y los ofrece a los distintos grupos partidarios de estos, especialmente al grupo de monárquicos partidarios del infante Don Juan.

La tarea de “aglutinante” de *Acción Española* pasará a ser de “laboratorio” doctrinal, como la denominó Sainz Rodríguez<sup>11</sup>, de la España tradicional. Y la idea básica que fija la función de *Acción Española* será la de armonizar inteligencia y combate. *Una sua manus faciebat opus et altra tenebat gladium* se convirtió, coherentemente, en su lema.

El combate fue intelectual, político y conspiratorio durante la República. Y, ya en la guerra, no cesará, aunque el esfuerzo bélico ocupará el primer plano. Las actividades políticas del grupo de *Acción Española*, en el primer periodo de la Guerra de España (1936-1939)<sup>12</sup> y, al mismo tiempo, de construcción del Nuevo Estado, con el correspondiente aparato político-administrativo, se centrarán en apoyar el establecimiento del “mando único” político-militar, y colaboración con el nuevo aparato estatal y en continuar, sobre todo, por medio de su influencia diluida en su objetivo de instauración/restauración monárquica<sup>13</sup>.

---

10 El primer tomo de las *Memorias políticas*, Barcelona: Planeta, 1983, de Eugenio Vegas Latapie es fuente de valor incomparable. La memoria (que no debe darse por descontada en el género) y el rigor que exhiben excluyen la necesidad de introducir un coeficiente reductor. Vegas es consciente de su condición de neófito, pero a cambio muestra un tesón ligado a una claridad de ideas extraordinarios. Volveremos a encontrarle casi treinta años después, tras muchas vicisitudes en su peripecia personal y también de la de España, en la fundación de *Verbo*. Pero no nos adelantemos.

11 Cfr. *Acción Española*, nº 54, Madrid: 1934, p. 582. Se trata del discurso pronunciado por don Pedro Sainz Rodríguez en el homenaje organizado por *Acción Española* a Calvo Sotelo y Yanguas Messía con motivo de su regreso a España. Pero, más allá del término, la explicación procede como siempre de Vegas: “...faltaba una escuela seria y fecunda que enseñase y defendiese los dogmas fundamentales de la verdad política y los postulados del derecho público cristiano, fuera de los cuales es imposible hallar la salud e inútil perseguirla. Para llenar este vacío nació *Acción Española*, en la que se agruparon inicialmente unas cuantas inteligencias que individualmente habían resistido a tanta desastrosa concesión, sin renegar de las verdaderas doctrinas, y venían de los partidos tradicionalistas, del campo católico sin filiación política o aun de vuelta de los partidos fieles a la dinastía que acababa de caer”. Cfr. Eugenio VEGAS LATAPIÉ, “La causa del mal”, *Acción Española*, nº 85, Madrid, 1936, p. 425.

12 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX*, Madrid: Editorial Tecnos, 2005, p. 169-178.

13 Raúl MORODO, *Los orígenes ideológicos del...*, p. 85-91.

Acabada la Guerra de España –e incluso antes de terminar– hubo algunos intentos de volver a editar *Acción Española*<sup>14</sup>. Todos fueron inútiles. Quedó, eso sí, en el imaginario del mundo católico tradicional con un símbolo. Por eso, han sido varias las publicaciones que han pretendido situarse (o a las que se les ha situado) en la órbita de aquel esfuerzo intelectual, cultural, político e histórico que supuso *Acción Española* y, por tanto, herederas de ésta, como son *Arbor*, *Atlántida*, *Ateneo*, *Punta Europa*, *Razón Española* y *Verbo*, y de las que da cuenta el presente trabajo.

### ACCIÓN ESPAÑOLA

En el plano político, *Acción Española* aparece predominantemente desde una mirada externa como un “feudo” de los tradicionalistas alfonsinos y ex primorriveristas, tales como el marqués de Quintanar, José Calvo Sotelo o Juan Antonio Ansaldo. Quintanar, desde el ángulo del pensamiento, aportó la apertura lusitana. Calvo Sotelo, que ya había sido ministro con el dictador, estaba en fase de replanteamiento doctrinal, producto de lo que había vivido en España y de lo que había conocido en Francia<sup>15</sup>. También tendría un importante aporte desde el ángulo económico y social. Maeztu podría aparecer formando parte de este grupo, si bien su peso intelectual en la revista va a ser original y en cierto modo superior<sup>16</sup>.

Con este grupo principal se enlazan otros. Desde el punto de vista intelectual el carlismo, representado por Víctor Pradera, pero también por el Conde de Rodezno o Esteban Bilbao, tiene una cierta importancia. Por un lado, junto con Maeztu, y más que los demás, adquiere un valor inspirador del grupo. Por otro, su obra más importante adquiere un significado programático. No se debe olvidar que *El Estado Nuevo*<sup>17</sup>, pues de este libro estamos hablando, se publicó inicialmente a partir de 1932 (esto es, bien pronto) en las páginas de *Acción Española*. Lo que será la Falange también está presente. Pero no tiene verdadera relevancia ni unidad. En puridad es la propia Falange la que nunca

14 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de...*, p. 183-187.

15 Cfr. Eugenio VEGAS LATAPIE, *El pensamiento político de Calvo Sotelo*, Madrid: Cultura Española, 1941.

16 De Maeztu la biografía canónica, aunque algo apologética sin duda, es la de Vicente Marrero *Maeztu*, Madrid: Rialp, 1955, que obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Recientemente han visto la luz otras dos, de evidente interés, aunque desde algún punto de vista permanezca superior la de Marrero. Son las de José Luis VILLACANAS, *Ramiro de Maeztu: la aventura de un caballero del 98*, Madrid: Espasa, 2000, y Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *Maeztu: biografía de un nacionalista español*, Madrid: Marcial Pons, 2003. La de González Cuevas, para empezar, ya desde el título contiene un juicio altamente discutible, cual es el de calificarle como nacionalista.

17 Víctor PRADERA, *El Estado Nuevo*, Madrid: Fax, 1935. En 1937 se publicó la segunda edición por Cultura Española. Sobre Pradera puede verse el acertado planteamiento de Rafael GAMBRA, “Víctor Pradera en el púrtico doctrinal del Alzamiento”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 192, Madrid: 1973, p. 149-164.

tuvo relevancia ni unidad. Ambas se las dio, a fuerza de desnaturalizarla, el general Franco al convertirla en el eje de su Partido Único. Algunas colaboraciones esporádicas provienen de los más conspicuos, como José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos, otras periódicamente regulares de las figuras menores y en modo alguno unívocamente falangistas: Eugenio Montes, el marqués de la Eliseda, Ernesto Giménez Caballero o José María de Areilza. Los generales José Sanjurjo y García de la Herrán también harán acto de presencia y entre los eclesiásticos un nutrido grupo con una colaboración del Primado de España, el Cardenal Isidro Gomá y Tomás. Algunos jóvenes igualmente se harán notar: Leopoldo Eulogio Palacios, José Luis Vázquez Doderó, Alfonso García Valdecasas, José Cortés Grau, etc. Queda, finalmente, la figura de Vegas Latapie. La más coherente y decidida. Procede del integrismo, esto es, del Partido Católico Nacional de Nocedal. Del carlismo le separa, pues, poco más que la afección dinástica<sup>18</sup>. Y ha conocido a Maurras, quien le ha movido a un replanteamiento no doctrinal sino metodológico<sup>19</sup>.

*Acción Española*, en cuanto complejo cultural-político, es decir, revista, editorial y sociedad cultural, extendió su actividad de una manera diversificada, con la finalidad de conseguir un frente unitario en el orden ideológico y, más tarde, en el político militar. Los ochenta y ocho números de la revista, más la *Antología*, aparecidos en el difícil periodo de la II República, constituyen un interesante depósito de trabajos orientados en general según el pensamiento tradicional, esto es, la teología del Estado católico, la filosofía tomista, la in-

---

18 Cfr. Eugenio VEGAS, *Escritos políticos*, Madrid: Cultura Española, 1940, p. 93 y s. El texto en cuestión se titula “Un centenario (1833-1933)” y vio la luz originalmente en *Acción española*, nº 37, Madrid: 1933. Escribe Vegas: “Sería ofender la memoria de nuestros abuelos el sostener que estas guerras [las carlistas] tuvieron por causa principal los derechos de una determinada persona a la Corona de España. No. Lo que se ventiló en los campos de batalla fue una verdadera guerra de religión [...]. En [ellas] lucharon dos principios [...] el tradicional [...] y el principio revolucionario” (p. 94). Y prosigue: “El partido tradicionalista pudo ser vencido repetidamente en los campos de batalla; pero los principios no mueren; podrán haber perdido fuerza en cuanto encarnaban la pretensión de entronizar a una familia determinada, pero las catástrofes sobrevenidas por el desconocimiento de sus principios fundamentales siguen argumentando a favor de su instauración” (p. 106). A continuación, sin embargo, desliza discretamente que “no existe un fatalismo histórico que irremisiblemente pese las personas ni sobre las familias, obligándolas, por un falso sentido de tradición, a conservar una que la experiencia demostró nefasta y que apenas cuenta con un siglo de existencia”. Para concluir: “La historia y la herencia, para salvar los inconvenientes funestos del régimen electivo, señalan la persona en quien debe recaer el mando supremo; pero en momentos en que el Trono está derrocado y el Poder en manos de los enemigos del bien común, no debe nadie resucitar litigiosos y muy discutidos derechos que signifiquen solamente derechos ‘personales’, sino que debemos procurar cña la Corona aquel que, teniendo por herencia derecho a ella, garantice el cumplimiento de un programa contrarrevolucionario –que es lo esencial–, y reúna las máximas posibilidades condiciones de fortaleza espiritual y física para lograr coger en sus manos el timón del Estado [...]”, p. 107-108.

19 Resulta muy interesante para cotejar a Vegas, la Acción Francesa y el carlismo el estudio de Miguel AYUSO, “Una visión española de la Acción Francesa”, *Anales de la Fundación Elías de Tejada*, nº 16, Madrid: 2010, p. 71 y s.

interpretación católica de la Historia de España y la defensa de la monarquía tradicional (no parlamentaria) como la mejor forma de gobierno para la constitución hispana. El nivel de ortodoxia en contraste con estos exigentes parámetros por lo común fue alto. Aunque en ocasiones algunas adherencias o contaminaciones se cuelen por sus páginas. No podemos olvidar que algunos de los colaboradores procedían del liberalismo; otros, aunque lo habían abandonado, conservaban algunas simpatías sentimentales por personas o sucesos marcados por él; y, todos, aun los plenamente tradicionalistas, sufrían el influjo de un tiempo incierto en el que emergían movimientos nuevos que a todos sacudían y a cuya fascinación no era fácil resistir siempre.

Como fruto de esta acción es la creación en el periodo comprendido entre 1931 y 1936 de revistas como la *Sociedad Acción Española*-SAE y la Editorial Cultura Española. La SAE se preocupa de la difusión de las ideas, organizando comidas y celebraciones, procurando cursos, preparando tertulias. Cerrada por el golpe militar de agosto de 1932, abrió sus puertas en 1934, eligiendo por presidente a José María Pemán y secretario a Eugenio Vegas. La Editorial se extendió más allá de la Guerra de España, dirigida por Pedro Sainz Rodríguez.

Se ha querido hacer ver que los orígenes ideológicos del franquismo estaban en *Acción Española*. Es altamente dudoso. De un lado, el franquismo (*rectius* tiempos de Franco o régimen de Franco) fue evolutivo. Por lo menos pueden advertirse cinco fases: dictadura militar al inicio; estado (*ma non troppo*) totalitario; estado autárquico que remeda el consenso social-demócrata vigente en Europa, aunque bajo formas dictatoriales, con una Falange que ocupa el papel (menor) de la izquierda, y los católicos (de nuevo *rectius* demócrata-cristianos, aunque pacellianos) el de la derecha; estado tecnocrático que trata de hacer perdonar con la eficacia el déficit democrático; estado pre-democrático<sup>20</sup>. De otro, Franco manejó el poder con criterios personalísimos, en los que las familias doctrinales sólo importaban a los efectos de los distintos equilibrios.

Colaboradores de la revista fueron miembros de los primeros Gobiernos de Franco. Pero esos nombres propios se despegarían rápidamente para adoptar posturas que nada tenían que ver con el pensamiento de *Acción Española*. Otros murieron en la Guerra de España (1936-1939), bien asesinados, bien en combate. Y otros se mantuvieron fieles a sus principios y fueron marginados por el mismo Régimen que en un principio les enaltecía<sup>21</sup>. *Acción Española*, a la postre, fue prohibida por el franquismo, a pesar de justificar el Alzamiento.

20 Puede verse la periodificación de Rafael GAMBRA, *Tradición o mimetismo. La encrucijada política del presente*, Madrid: IEP, 1976, p. 67. La caracterización, en cambio, la debo a Miguel Ayuso.

21 Javier BADÍA, "Acción Española: Una aproximación histórica-ideológica", *Verbo*, nº 217-218, Madrid: 1983, p. 847. La tesis doctoral de Badía, de la que trae causa esta síntesis publicada en *Verbo*, es el mejor trabajo sobre *Acción Española* desde el punto de vista periodístico-formal.



## ARBOR

Entre las revistas publicadas que podemos considerar como herederas de *Acción Española* se encuentra en primer lugar *Arbor*, que –durante el periodo que la dirigieron Calvo Serer y Pérez-Embid– fue el hogar de la inteligencia contrarrevolucionaria<sup>22</sup>. Caracterizada por ser antitotalitaria y antiliberal. Las batallas que allí se libraron contra los falangistas de *Escorial* y contra la democracia cristiana fueron solidarias con la tradición que arranca de *Acción Española*. Tradición que fue revalorizada, aunque fuera al precio de ponerla al servicio de un grupo de concretas intenciones. Que posteriormente adquirieron evidencia en la evolución de algunos colaboradores, empezando por Calvo Serer<sup>23</sup>.

Pero vamos por partes. *Arbor* nació en Barcelona por iniciativa de Rafael Calvo Serer, Raimundo Pániker y Ramón Roquer, en marzo de 1943, y su primer director fue Fray José López Ortiz, agustino y obispo de Tuy, al que sucedió en 1946 José María Sánchez Muniain. Por otro lado, el CSIC había sido creado el 24 de noviembre de 1939, como heredero de hecho, pero al propio tiempo como contrarréplica ideológica de la famosa “Junta para Ampliación de Estudios”.

A mediados de los años cuarenta empiezan a tomar las riendas de la revista hombres vinculados al *Opus Dei* –el CSIC lo había estado desde el principio a través de Albareda–, son sobre todo Rafael Calvo Serer, Rafael Balbín Lucas y Florentino Pérez-Embid, quienes se constituirán ahora en los principales animadores de la revista.

El pensamiento católico y monárquico del catedrático de Historia de la Filosofía Española y Filosofía de la Historia de la Universidad Central, Rafael Calvo Serer, le hizo distanciarse temporalmente de los órganos oficiales y a iniciar una labor que, según confesaría más tarde, se dirigió a ir abriendo nuevos cauces de acción doctrinal según lo marcado por la escuela de pensamiento de *Acción Española*. Desde el año 1943 se puso al servicio de Don Juan de Borbón.

A partir de 1946, Calvo Serer empezó a convertirse en verdadero director efectivo de la revista y Pérez Embid en su más íntimo colaborador y gestor, llegando a convertirla en centro coordinador de toda una labor de pensamiento encaminado a “[...] sostener como el 18 de julio era la batalla de las grandes ideas”, pues, de acuerdo con la posición ideológica que había mantenido desde

---

22 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de...*, p. 187-192.

23 Recientemente se ha prestado la atención debida a *Arbor*. Encontramos, así, en primer lugar, la obra específica de Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Rafael Calvo Serer y el grupo “Arbor”*, Valencia: Universitat de Valencia, 2011. Y, seguidamente, la biografía posterior de Calvo, en todo caso interesante: Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ y Fernando DE MEER, *Rafael Calvo Serer: la búsqueda de la libertad (1954-1988)*, Madrid: Rialp, 2010. Parece como si hubiera un interés por reconstruir la biografía de Calvo, desde un cierto ángulo, lo que lleva a reconstruir su contribución al grupo Arbor, no siempre fielmente.

1939, pensaba que la pervivencia del régimen franquista sólo podía ser el resultado de ligar todas sus realizaciones con los principios unitarios católicos de su constitución histórica española, pocos años antes declarados como los oficiales del Estado, impulsando una “política cultural” concorde con los perfiles ideológicos confesionales del régimen.

La vía indispensable para poner en marcha un proyecto de esa índole, estimaba Calvo, era contar con el concurso de una minoría pertrechada con unas sólidas bases intelectuales, y dotada de hondas inquietudes políticas y sociales.

Las concepciones intelectuales de Calvo Serer eran deudoras de una perspectiva puramente tradicional y, consiguientemente, marcadamente confesional católica.

En este caso, pues, el desarrollo de toda política cultural debía enfocarse a desarrollar la cultura oficial del Estado sobre las bases sólidas de la tradición unitaria española, lo que le llevaba a defender como instrumento el fomento de un criterio intelectual firme y excluyente del error, que encontraba perfilado en el magisterio de Menéndez Pelayo y en el del “segundo” Ramiro de Maeztu. Y la interpretación de la historia contemporánea de España era realizada desde los presupuestos del pensamiento contrarrevolucionario y, por consiguiente, antiliberal<sup>24</sup>. El “sentido católico de la existencia” como propio de la “España esencial”.

Entre los colaboradores de la revista podemos destacar a Álvaro d’Ors, Antonio Millán Puelles, José María Pemán, Ángel López-Amo, Vicente Palacio Atard, Vicente Marrero, Gonzalo Fernández de la Mora, Federico Suárez, Rafael Gamba<sup>25</sup>, etc. Y extranjeros como Michele Federico Sciacca, Heirich Brackelmanns, John Van Horne, Francesco Vito, Robert Ricard, Wilhelm Neus, Franz Schnabel, Bela Menczer, Cornelio Fabro, Alexandre A. Parker, Heint Barth, Karl Thieme y Romano Guardini entre otros.

Por tanto, la misión de Arbor consistió en aglutinar un equipo doctrinalmente coherente y dispuesto a desarrollar una acción cultural sobre unas mismas bases político-intelectuales. Pretendiendo superar el problema de corte intelectualista y en el que se habían visto envueltas las elucubraciones en torno al ser de España y, consiguientemente, demostrar racionalmente que en el ma-

---

24 Federico Suárez Verdaguer, con sus estudios sobre el origen de la revolución liberal en España, reunidos en *La crisis política del antiguo régimen en España (1800-1840)*, Madrid: Rialp, 1950, y Vicente Palacio Atard, con su libro del mismo periodo *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, Madrid: Rialp, 1949, van a ser, quizá, los más destacados exponentes de esa interpretación. Suárez Verdaguer, que se ordenará sacerdote, será otro caso raro de carlista opusiano. Se mantendrá siempre fiel aunque neutralizado por haber sido designado capellán de Juan Carlos. Cfr. Miguel AYUSO, “In memoriam Federico Suárez Verdaguer”, *Anales de la Fundación Elías de Tejada*, nº 12, Madrid: 2006, p. 15-18. Palacio Atard, en cambio, evolucionó hacia el conservatismo liberal.

25 Álvaro FERRARY, *El franquismo: Minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona: EUNSA, 1993, p. 252, 253, 260 y 262.

gisterio de Menéndez Pelayo, y en el de los restantes autores del pensamiento contrarrevolucionario, se encontraban las creencias nacionales requeridas para articular la vida intelectual española en perfecta comunión con la doctrina moral y social de la Iglesia Católica, y los principios procedentes de la filosofía clásica cristiana.

A finales de 1947 aparecía en el número correspondiente a los meses de noviembre-diciembre de la revista *Arbor* un artículo, verdadero manifiesto intelectual, titulado “Una nueva generación española”, en la que Calvo Serer anunciaba la inminente irrupción de una joven generación que contaba a su entera disposición con el único instrumento capaz de poner los grandes avances técnicos y económicos propiciados por una secularizada civilización moderna europea al servicio de una rápida, fecunda y católicamente unitaria empresa integral de renovación nacional; esto era, con una doctrina cristiana y española de la historia, enarbolando para ello el magisterio de Menéndez Pelayo<sup>26</sup>.

De 1948 a 1953 *Arbor* experimentó una serie de cambios internos encaminados a hacer de ella el gran centro doctrinal y coordinador del proyecto político-intelectual defendido por Calvo Serer años atrás, y para el cultivo de relaciones personales con los intelectuales españoles y extranjeros<sup>27</sup>.

La línea de enfrentamiento con la línea intelectual-política de los hombres de *Escorial* se debe a la polémica centrada, sobre todo, en torno a la *España como problema* de Laín Entralgo<sup>28</sup>, pues éste consideraba que las generaciones de españoles a partir de los años veinte del siglo XX se vieron con el imperativo de elegir entre dos opciones: la afirmación católica y nacional o la negación de ambos principios. Laín Entralgo optó por otra solución, “la fracción católica y nacional”, consistente en la necesidad de “comprender” y de “integrar”, de realizar en definitiva la “síntesis” que no fue posible hasta ese momento. La “esencia” de España queda concebida como el conjunto de las notas permanentes –principios liberales y cristianos– de nuestro “proyecto” nacional: todo lo demás sería accidental y mudadizo<sup>29</sup>.

---

26 *Ibidem*, p. 248.

27 *Ibidem*, p. 256-279.

28 Elías DÍAZ, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid: Ed. Tecnos, S.A., 1983, p. 52-58.

29 Pedro LAÍN ENTRALGO, *España como problema*, tomo II, Madrid: Aguilar, 1949, p. 434-435 y 443-445. La respuesta de Calvo da lugar a su libro *España sin problema*, Madrid: Rialp, 1949. El propio Calvo Serer nos ofrece la historia de la polémica en *La configuración del futuro*, Madrid: Rialp, 1953. Francisco Elías de Tejada, algunos años después, en las palabras liminares del libro de Rafael GAMBRA, *Eso que llaman Estado*, Madrid: Montejuorra, 1958, destroza a los laínes: “ (...) es esa la gran lección que nos da siempre su autor a todos cuantos nos honramos con haber sido, lo mismo que él, incommovibles en medio de tantas mudanzas como estamos presenciando en ese grupo de intelectuales que hoy son liberales por la misma razón por la que eran hitlerianos pocos años atrás: por el prurito de no ser, a secas, españoles” (p. 11).

A mediados de 1949 iba a producirse en las páginas del diario *Arriba* el inicio de una polémica intelectual, que duraría hasta finales de 1950 y que acabaría por enfrentar en los años sucesivos a dos formas opuestas de entender la naturaleza ideológica del régimen español, provocando graves repercusiones políticas internas a finales de 1953.

En abril de 1949 se publicaba un libro de Laín Entralgo titulado *España como problema*, el cual desde un declarado orteguismo se defendían posturas continuistas con la tradición intelectual liberal española, y saca a relucir el conocido esquema de “las dos Españas”.

La manifestación más tajante de la posición doctrinal que estaba representando *Arbor* la constituye el número monográfico que, en mayo de 1949, dedicaba a analizar las hondas repercusiones políticas y doctrinales de las revoluciones liberales de 1848. Como Calvo Serer escribía, esa fecha representaba no sólo el punto álgido de todo un proceso histórico iniciado durante la Baja Edad Media y dirigido a subvertir el orden cristiano, sino que, sobre todo, marcaba el inicio de la reacción del pensamiento católico europeo a impulsos de Bonald, Maistre, Newman, Donoso Cortés..., que continuaron en España Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu.

A partir de entonces, concluía Calvo, los defensores de la unidad católica de España en el plano político -los carlistas- contaron con una doctrina cristiana y española de la historia a través de la que pudieron aspirar a renovar las realidades políticas y sociales del país, sin tener, por ello, que acudir a fórmulas o ideas extranjerizantes y secularizantes. Pero, además, a los mismos católicos se les brindaba un marco de actuación político distinto del liberal, que recogía todas sus aspiraciones de reconstrucción de la jerarquía social y del orden social destruido por la Revolución.

Finalmente, Calvo Serer, se refiere a la existencia de “una tercera fuerza nacional”, a la que identificaba como la continuadora de los ideales que habían hecho posible el 18 de julio, y de la que resaltaba su rasgo de minoría católica y española<sup>30</sup>.

Afirma Ferrary<sup>31</sup> que Franco terminó de aceptar el diagnóstico que había desarrollado Calvo Serer en 1949. Es decir, asegurada la unidad católica del régimen y de sus dirigentes, el “problema de España” dejaba de tener sentido y únicamente

---

30 La referencia a la tercera fuerza sólo puede entenderse metafóricamente. Pues grupo formalizado nunca existió. Existió un grupo informal de colaboradores y autores, con una mínima consistencia, pero sin siquiera identidad. Últimamente lo ha dicho, recogiendo el testimonio de Fernández de la Mora, su biógrafo Pedro González Cuevas. Cfr. *La razón conservadora. Gonzalo Fernández de la Mora, una biografía político-intelectual*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2015, p. 73 y s. Pero el mero hecho de airear una tercera fuerza tuvo sus consecuencias políticas y no puede considerarse ajena a la defenestración de Calvo Serer. La historia es conocida a partir de la publicación del artículo de Calvo titulado “La politique intérieure dans l’Espagne de Franco”, *Écrits de Paris*, nº 107, París: 1953, p. 9-18.

31 Álvaro FERRARY, *El franquismo: Minorías...*, p. 298-307.

restaba ya por solucionar “los problemas” de la nación. No parece en cambio que Franco tuviera un cuadro estructurado de pensamiento en este orden, más allá de la aceptación práctica de la doctrina que la Iglesia todavía a la sazón sostenía y que se concretó, entre otros instrumentos, en el Concordato de 1953<sup>32</sup>.

Es claro que el grupo *Arbor* ocupó el puesto de un cierto neo-tradicionalismo y, en este sentido, la conexión con *Acción Española* resulta indiscutible. Desde una visión poco simpatética con su orientación ha sido observado que el grupo implicaba el retorno a las esencias patrióticas y religiosas de una línea política y cultural que comenzaba con Menéndez Pelayo, seguía con Vázquez de Mella y finalizaba en Ramiro de Maeztu y el grupo de *Acción Española*, abanderando una reacción frente a la “falangista liberal”, con Serrano Suñer y la revista *Escorial* a la cabeza, y atribuyéndose la dirección espiritual del alzamiento de julio de 1936<sup>33</sup>. Ahora bien, algunas diferencias pueden advertirse. En primer lugar, la revista, como la entidad que la edita (nada menos que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas), evidencian el peso en su dirección de una institución religiosa aún casi recién nacida pero con grandes ambiciones: el *Opus Dei*. De otro lado, además de mantener la adhesión a la monarquía en términos “dinásticos” (en la persona del Conde de Barcelona), consiguen mantenerse dentro de la ortodoxia franquista. El franquismo juanista tiñe pues los posicionamientos del grupo, lo que implica un doble condicionamiento. El verdadero tradicionalismo, tanto el carlista como el propio Vegas Latapie, ven con simpatía la oposición a la Falange totalitaria y al liberalismo católico, pero no tanto los posicionamientos políticos concretos en el interior de la dinastía y del régimen de Franco. Es cierto que en la nómina del grupo aparecen los nombres de importantes carlistas (Gambra, Elías de Tejada, Álvaro d’Ors) y el del propio Vegas. Pero tal hecho no debe llevarnos a engaño. Respecto de los primeros, la presencia de Álvaro d’Ors se entiende por su pertenencia al *Opus Dei*: caso raro, pues tradicionalismo y *Opus Dei* tienen relaciones difíciles. Se verá con claridad con motivo de la instalación de su universidad en Navarra (primero Estudio General de Navarra y luego Universidad de Navarra). Y, más aún, con el correr de los años, con el Concilio y sus derivaciones. Gambra, lo cuenta con delicadeza en su contribución al libro homenaje a Pérez Embid<sup>34</sup>. Elías de Tejada, por su parte, que detestaba al Opus, ni siquiera lo ocultó en el mismo momento en que colaboraba con ellos. Cuando publica *La monarquía*

---

32 Puede verse el desarrollo que contiene la parte central del libro de Rafael GAMBRA, *Tradición o mimetismo*, antes citado.

33 Elías DÍAZ, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid: Ed. Tecnos, 1983, p. 32-37; José-Carlos MAINER, *Historia literaria de una vocación política (1930-1950)*, Barcelona: 1971.

34 Cfr. Rafael GAMBRA, “Mi amistad”, en AA.VV., *Florentino Pérez Embid. Homenaje a la amistad*, Barcelona: Planeta, 1977. Se ve, de un lado, el reconocimiento a una vieja amistad tanto como las reservas ante una evolución.

*tradicional*, en la Biblioteca del Pensamiento Actual de Rialp, y estamos en 1954, dedica el primer capítulo (que tiene el expresivo título de “El menéndezpelayismo político”) a atacar, so capa de separarse de Menéndez Pelayo, la línea editorial de *Arbor* y Rialp<sup>35</sup>. Sin embargo, cuando quiere lamentarse quizá excesivamente de la, a su juicio, inoperancia de la Comunidad Tradicionalista no escatima el elogio, eso sí, envenenado: “Sí, hay ahora en España un grupo que, por notable paradoja, no siendo políticamente carlista, hace la política cultural que los carlistas no sabemos, no podemos o no queremos hacer. Errados en lo dinástico, aciertan en la actitud de intransigencia que necesitamos ahora en que las izquierdas, al amparo de la Falange, inician su reconquista de las posiciones perdidas en 1936”<sup>36</sup>. El profesor Francisco Canals, que no colaboró en cambio con el grupo, no ahorra críticas duras desde el tradicionalismo: “El problema de España. El primer precedente: la cara anti-tradicionalista de Menéndez Pelayo”<sup>37</sup>. O esta otra, que apunta directamente al grupo: “O crece o muere. El crecimiento surge de la vida. La imposición del crecimiento injerta lo bastardo y mata lo genuino”<sup>38</sup>. E incluso, señalando directamente a Calvo

---

35 Cfr. Francisco ELÍAS DE TEJADA, *La monarquía tradicional*, Madrid: Rialp, 1954, p. 20-24. Comienza distinguiendo entre la labor de historiador de Menéndez Pelayo de su pensamiento político: “Empero sería grave yerro confundir la orientación cultural de Menéndez Pelayo con su pensamiento político. Una cosa será el legado de su concepción de la cultura española como sistema objetivo de verdades cristianas, inmutable y firmísimo frente a los asaltos de la extranjerización, y otra su actitud política (...). [Porque] don Marcelino, que supo como nadie historiar tantas cosas, no fue historiador del pensamiento político, ni de las instituciones políticas españolas. lo que acertó a conocer en estos ramos fue fruto de su poderosísima intuición (...); nunca de un estudio sereno y reposado de la tradición política española. Las páginas más insignes de ella, el tostadismo salmantino, los vislumbres de Fernando de Roa, la teoría de la libertad tomista de Mieres o Marquilles, el concepto luliano de la misión, la pervivencia de los sistemas de libertades concretas en navarra o en Cerdeña, son cosas que desconocía por entero (...). zapando sin cesar para aventar osamentas culturales, no tuvo tiempo para desenterrar normas políticas; lo único que hizo fue, eso sí, la manera en que habremos de proceder para desenterrarlas”. La consecuencia, en todo caso, avanza neta: “De esa disparidad entre su acción cultural española y su alejamiento del estudio del pensamiento político español, resulta la aparente incongruencia de que fuese un tradicionalista en lo cultural y quedase por canovista o maurista en lo político, sin pisar los suelos del tradicionalismo político español: del carlismo. teniéndole a la vera, no llegó a entenderlo (...). Para Menéndez Pelayo el carlismo era el absolutismo dieciochesco y, desconociéndole, le negaba ni más ni menos que negó el liberalismo decimonónico (...). Ignorando por la vía del estudio la tradición política nuestra y alejado de los portestandartes políticos de ella, la actitud de don Marcelino fue profundísimamente eficaz en lo cultural, documentada cual ninguna y creadora de un universo de verdades sacado titánicamente de las garras del olvido; pero en lo político quedó en intuición, mera intuición”. Puede verse para toda esta temática el trabajo de Miguel AYUSO, “Menéndez Pelayo y el menéndezpelayismo político”, *Fuego y Raya*, nº 5, Córdoba de Tucumán: 2014, p. 73-93.

36 Carta a su amigo el profesor paulista José Pedro Galvão de Sousa, de 28 de febrero de 1953, que se encuentra en el archivo de la Fundación Elías de Tejada, y que reprodujo Manuel de Santa Cruz, en el tomo 15, Madrid: 1953-1987, de sus *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español (1939-1966)*, p. 86.

37 Francisco CANALS, *Política española: pasado y futuro*, Barcelona: Acervo, 1977, p. 310.

38 *Ibidem*, p. 306.

Serer: “España sin problema y teoría de la restauración. Maurrasianismo y neo-tradicionalismo, anticarlista”<sup>39</sup>. Vegas, finalmente, desprecia a Calvo, como se ve todavía muchos años después<sup>40</sup>.

### ATENEO

El 2 de febrero de 1952 aparece el semanario *Ateneo*<sup>41</sup>, de orientación cultural. Nueva publicación patrocinada por el Ateneo de Madrid y dirigida por Pérez Embid, con la cual se lograba alcanzar uno de los objetivos que se había fijado Calvo Serer en julio de 1949; esto es, el control directo de un semanario de actualidad y orientación con el que dar mayor impulso y proyección a los trabajos que se venían realizando en la revista *Arbor*.

El horizonte intelectual en donde se puede situar a la revista *Ateneo* quedaba perfectamente señalado en su primer artículo de presentación: “Actualidad cultural de Occidente: Defensa de Occidente”, de Jorge Vigón. Se trataba de una apasionada defensa de la peculiaridad histórica española y, consecuentemente, de un expreso rechazo a todo intento de quebrar su unidad espiritual mediante la importación de fórmulas e ideas ajenas “a nuestra unidad raigal”. De ahí que el autor centrase su colaboración a denunciar la aparición de ciertas actitudes entre “(...) gentes silenciosamente nostálgicas de las formas de libertad ajenas, (que) han creído descubrir, para la nuestra, una coyuntura de adaptación; lo malo es que la adaptación implicaría nuestro desconocimiento”.

*Ateneo* iba a convertirse rápidamente en el complemento perfecto de la labor de pensamiento que pretendía desarrollarse con *Arbor*.

Hay que resaltar el notable protagonismo que tendría *Ateneo*, superando incluso a *Arbor*, en la polémica que se iba a desatar con motivo de los propósitos aperturistas del equipo que dirigía Ruiz Giménez al frente del Ministerio de Educación, que implicaban una aplicación en el plano de la política cultural, una línea de pensamiento en franca contradicción con la mantenida por los herederos de *Acción Española*, pero que se correspondía perfectamente con la que tradicionalmente había significado la vía joseantoniana propugnada por los intelectuales de la Falange.

Aunque en su plantel de colaboradores era frecuente la presencia de firmas ya relacionadas con las empresas de Calvo Serer, como Hans Juretschke,

---

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 310.

<sup>40</sup> Cfr. Eugenio VEGAS LATAPIE, “Para una semblanza del conde los Andes”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº 55, Madrid: 1978, p. 239-286. Donde acusa a Calvo, sin nombrarlo, de agente doble y de haber pasado a Franco documentos del entorno del conde de Barcelona. Cuando Vegas, según cuenta, se lo reprochó en un encuentro en Suiza, Calvo se echó a llorar. Todo esto ha sido encubierto en los libros antes citados.

<sup>41</sup> Álvaro FERRARY, *El franquismo: Minorías...*, p. 331-336.

Antonio Fernández Cid, Gonzalo Fernández de la Mora, Miguel Fisac, José Luis Vázquez Dorero, José Artigas, Vicente Marrero, Roberto Saumells, Rafael Gamba, Miguel Siguán, Vicente Palacio Atard, José María Jover, Federico Suárez, Juan Roger, Ángel López Amo, Santiago Galindo Herrero, Antonio Millán Puelles, Vicente Rodríguez Casado, además de, entre otros, los mismos Calvo Serer y Pérez Embid, también aparecieron las de quienes no pertenecían propiamente a la autoproclamada “generación de 1948”, como son Jorge Vigón, José María de Areilza, José María Pemán, Juan José López Ibor y José Pemartín.

También colaboraron firmas ajenas al grupo y de la talla intelectual de Federico Sopena, Miguel Delibes, Gregorio Marañón y Antonio Tovar, entre otros.

En 1952 aparece también la *Revista*, cuya línea de pensamiento iba a colisionar con la de *Ateneo*, pues ya en su primer número se incluía un artículo de Dionisio Ridruejo con el significativo título “Excluyentes y comprensivos”, en el que apoyándose en la autoridad de Raimundo Fernández Cuesta y en el propio Franco dirigía una durísima crítica a las tesis expuestas por Calvo Serer en *España, sin problema*, reflejando con ello la existencia de un enfrentamiento de dos modos de entender la naturaleza ideológica del régimen nacido el 18 de julio de 1936 y de cuestionar la legitimidad de ciertos grupos para dirigir su vida oficial.

La reacción de quienes estaban siendo sometidos a una fuerte descalificación política llegó a través de un artículo de Pérez Embid, publicado en *Ateneo*, titulado “Mi 18 de julio”, en el que hacía de la significación espiritual de la Guerra la piedra de toque de sus actitudes mentales y de sus convicciones mentales: “Sólo en tanto en cuanto aceptaran sin reserva el hecho granítico del 18 de julio, tendrían todos en adelante derecho a la pacífica convivencia nacional”<sup>42</sup>.

### *PUNTA EUROPA*

La que se ha dado en llamar “nueva derecha monárquica” –y su “proyecto monárquico tradicional”<sup>43</sup>–, nacida tras la finalización de la Guerra de España, tendría, en alguna medida, continuidad en *Punta Europa*, revista mensual publicada en Madrid entre 1956 y 1967 (números 1 a 128), promovida por Lucas María de Oriol y Urquijo y dirigida por Vicente Marrero. Al frente de la revista aparecían tradicionalistas, hombres social-católicos, monárquicos y del *Opus Dei*. Christopher Dawson, Juan R. Sepich, Gaspar González, José Hierro, Manuel G. Cerezales, Antonio Pacios, Francisco Elías de Tejada, Lucas María de Oriol y Antonio Millán Puelles escriben en el primer número. No obstante,

<sup>42</sup> Florentino PÉREZ EMBID, “Mi 18 de julio”, *Ateneo*, nº 13, 19 de julio de 1952, p. 3.

<sup>43</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de...*, p. 183-196.



casi al año de su existencia, la revista publicó un artículo titulado “Nota: Punta Europa y el *Opus Dei*” mediante el cual aclaraba su independencia con respecto a la obra de Escrivá de Balaguer. Dos años más tarde volvería a incidir sobre el asunto en el editorial: “Punta Europa en su tercer año”<sup>44</sup>.

Las nuevas situaciones generadas en esos años por el desarrollo económico, las transformaciones sociales y, en el ámbito eclesial, las “interpretaciones” teológico-políticas del Concilio Vaticano II habían contribuido a cuestionar las bases culturales, intelectuales y religiosas del régimen nacido el 18 de julio de 1936. Ante esta realidad, la revista *Punta Europa* supuso continuar apostando por la legitimación religiosa del régimen y, en concreto, por la conservación de la confesionalidad del Estado<sup>45</sup>.

*Punta Europa* continuó con el esquema seguido por Menéndez Pelayo, luego renovado por Ramiro de Maeztu en *Acción Española*, de clasificar a los intelectuales españoles siguiendo criterios de ortodoxia/heterodoxia religioso-católica, lo que conllevaba la condena de la Ilustración, el liberalismo, la Institución Libre de Enseñanza, la Generación del 98 y Ortega<sup>46</sup>.

Los referentes intelectuales eran Menéndez Pelayo, Ramiro de Maeztu y el padre Santiago Ramírez. Sus enemigos, Pedro Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar, representantes de la línea de pensamiento falangista; pero, sobre todo, Ortega. Reivindicando como alternativa política la Monarquía católica, social y representativa.

Amén de por una mayor proximidad a la escuela tradicionalista, se caracterizó por la dedicación al original literario de calidad. Por eso, engarza con su predecesora *Finisterre*, dirigida exquisitamente por Leopoldo Eulogio Palacios, aunque aquella articule de modo más coherente un proyecto de consolidación de lo que Marrero llamará la “posibilidad española”<sup>47</sup>.

El nombre de la revista lo llevó igualmente una editorial, Ediciones Punta Europa.

---

44 No es una protesta infundada. Marrero había participado activamente en *Arbor*, pero no pertenecía al *Opus Dei*. El paso del tiempo además había ido dejando en evidencia algunas pretensiones de las gentes del *Opus* que se hacían antipáticas al mundo tradicionalista. Y eso es lo que representa *Punta Europa*. Una revista que sigue fiel al tradicionalismo, aunque un poco pasado por agua, por sus vinculaciones con el régimen de Franco. Y que, de acuerdo con las aficiones de Marrero, incorpora elementos literarios y artísticos. De la obra de Marrero ofrece una visión general Miguel AYUSO, *La obra de Vicente Marrero vista por la crítica*, Las Palmas de Gran Canaria: Fundación Mutua Guanarteme, 1989.

45 Cfr. Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “Dos respuestas a la crisis de la teología política (1956-1970)”, *Historia y Política*, nº 28, 2012.

46 Los tradicionalistas, sin embargo, aunque colaboraron con la revista, no dejaron de ponerle algunas objeciones. Es el caso, sobre todo, de Elías de Tejada. Cfr. Miguel AYUSO, “In memoriam Vicente Marrero. A propósito de una polémica sobre el pensamiento tradicional y sus concreciones”, *Anales de la Fundación Elías de Tejada*, nº 6, Madrid: 2000, p. 299 y s. Pueden verse también los recuerdos de Ignacio HERNÁNDEZ DE LARRAMENDI, *Así se hizo Mapfre. Mi tiempo*, Madrid: Actas, 2000.

47 Vicente MARRERO, *La consolidación política*, Madrid: Ediciones Punta Europa, 1964.

## ATLÁNTIDA

*Atlántida*<sup>48</sup> empieza a ofrecerse al público en 1963, siendo padre y director de la misma Florentino Pérez-Embido, tratándose de una publicación bimestral que duró hasta 1969.

Pretendió articular un proyecto de raíz modernista neoconservador, cuyo objetivo era armonizar el sistema político autoritario vigente en aquellos momentos con las nuevas situaciones de orden político, socioeconómico y religioso<sup>49</sup>.

En palabras de un crítico coetáneo, interpretando el editorial que para el primer número escribió Pérez-Embido, “cabía presumir que iba a ser un testimonio comprometido y riguroso del encuentro entre la mentalidad conservadora de una cierta rama de los intelectuales católicos españoles con la actual mentalidad tecnocrática que empieza a conformar la existencia de Occidente”<sup>50</sup>.

El historiador andaluz Florentino Pérez Embido<sup>51</sup> había sido uno de los portaestandartes intelectuales de la nueva derecha monárquica a lo largo de los años cuarenta y cincuenta, representada en la referida revista *Arbor*, del CSIC, hasta 1953<sup>52</sup>. Editada por Rialp, empresa muy vinculada al *Opus Dei*, *Atlántida* nació desde el punto de referencia del antiguo órgano del CSIC y de la Biblioteca del Pensamiento Actual. Para la empresa, Pérez Embido ya no pudo contar con el apoyo de Calvo Serer, cuyo pensamiento había evolucionado progresivamente hacia el liberalismo, como lo demostraba el contenido de su libro *Las nuevas democracias*, publicado por Rialp en 1964<sup>53</sup>. En este libro, Calvo Serer llegó a la conclusión de que la democracia liberal posterior a la Segunda Guerra Mundial había logrado encauzar la estabilidad social, la paz política, la continuidad y el respeto al catolicismo<sup>54</sup>. No obstante, Calvo Serer colaboró en la revista con un solo artículo<sup>55</sup>. El propio Pérez Embido, aunque fiel en parte a su ideario inicial, consideraba ya anacrónica la polémica entre “excluyentes” y “comprensivos” de los años cincuenta<sup>56</sup>.

En la primavera de 1962, el historiador andaluz comenzó a proyectar *Atlántida* y para ello consultó a algunos de sus amigos, como Martín Almagro,

48 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “Dos respuestas a la crisis del catolicismo tradicional español (1956-1972). Las revistas Punta Europa y Atlántida”, *El Catoblepas*, nº 131, enero 2013.

49 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “Dos respuestas a la crisis de la teología política...”, *Historia y Política*, nº 28, 2012.

50 J. A. ORTÍ, “Crítica al nº 1 de la revista Atlántida”, *Revista de Estudios Políticos*, nº 129-130, 1963, p. 452-453.

51 J. M. CUENCA TORIBIO, *La obra historiográfica de Florentino Pérez Embido*, Sevilla: 2000.

52 Florentino PÉREZ EMBIDO, *Ambiciones españolas*, Madrid: 1953, p. 99 y s.

53 O. DÍAZ FERNÁNDEZ y F. DE MEER, *Rafael Calvo Serer: la búsqueda de la libertad* (1945-1988), Madrid: 2010.

54 Rafael CALVO SERER, *Las nuevas democracias*, Madrid: 1964.

55 “Anglosajones e iberoamericanos”, *Atlántida*, nº 19, enero-febrero 1966, p. 5-26.

56 Florentino PÉREZ EMBIDO, *Punta Europa*, nº 57-58, septiembre-octubre de 1960, p. 121 y s.

José Camón Aznar, Antonio Fontán, Rafael Gamba, Juan José López Ibor, Antonio Millán Puelles, Fernández de la Mora... Pérez Embid solía organizar unas cenas periódicas, a la hora de estimular artículos y preparar los sucesivos números.

En aquellos momentos, el historiador andaluz distinguía tres corrientes en la intelectualidad española: el tradicionalismo, el progresismo cristiano y el catolicismo universalista. La descripción del primero parecía una diatriba contra *Punta Europa*; se trataba de una tendencia fiel a la ortodoxia católica, pero que no dedicaba la atención debida al desarrollo de “las respuestas que hoy reclaman los nuevos problemas planteados por el pensamiento y por la vida”. El segundo se manifestaba entre los católicos adheridos a lo que Pérez Embid denominaba “izquierda burguesa”, es decir, la Institución Libre de Enseñanza, el “98” y Ortega y Gasset. Por último, el “catolicismo universalista”, la tendencia con la que él se sentía identificado, se caracterizaba por “la amplitud de horizontes y una profundización más enérgica en lo permanente y vivo de la ortodoxia católica”. En esta posición se aunaban la renovación de las doctrinas típicas del pensamiento tradicional en filosofía e historia y “una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos, y una actitud positiva y abierta ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida”<sup>57</sup>.

En la presentación de la revista, Pérez Embid definió *Atlántida* como “una empresa del espíritu, que de la verdad y del presente recibe las coordenadas de su quehacer”. “Son estas: la fe en el poder creador de la inteligencia humana que se inspira en el orden divino de la creación, y la fidelidad al signo universal de nuestro tiempo, abierto desde el Occidente al amor hacia todos los hombres y a la comprensión de todas sus culturas”<sup>58</sup>. Desde su tribuna de *ABC*, Fernández de la Mora contempló la nueva publicación como la alternativa de los intelectuales conservadores frente a la nueva aparición de la *Revista de Occidente* y de *Cuadernos para el Diálogo*; una alternativa que debería sintetizar tradición y modernidad, ante una sociedad en permanente cambio: “La investigación y la meditación ya no tienen por qué ser algo más o menos añadido y superpuesto; pueden ser un genuino producto nacional, elaborado desde las constantes históricas de España. Por eso, el espíritu científico y creador ha dejado de ser un valor hipotecado a las posiciones heterodoxas, socialmente disidentes o progresistas”<sup>59</sup>.

La dirección de la revista recayó en Pérez Embid y, durante algún tiempo, su secretario fue el historiador Vicente Cacho Viu. Con posterioridad, el cargo

57 Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba*, Barcelona: Planeta, 1995, p. 123.

58 “El mito de Atlántida”, *Atlántida*, nº 1, enero-febrero de 1963, p. 94 y s.

59 Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Pensamiento español 1963*, Madrid: 1964, p. 264.

de subdirector corrió a cargo de Luis Rodríguez Ramos y el de secretario en Francisco Rafael Ortiz. La periodicidad de la revista fue bimestral.

A diferencia de *Punta Europa*, *Atlántida* careció de secciones fijas. La revista solía dividirse en dos partes bien delimitadas. Una dedicada a artículos extensos y otra a notas, donde se desarrollaban temas más específicos y, sobre todo, crítica de libros.

En *Atlántida* convivieron, como colaboradores, varias generaciones de intelectuales: antiguos colaboradores de *Arbor*, la generación posterior al advenimiento de los tecnócratas al poder y los jóvenes colaboradores del conflictivo diario *Madrid*, ya fuera de la ortodoxia neoconservadora y tradicional. Entre los primeros, estaban Pérez Embid, Calvo Serer, Fernández de la Mora, López Ibor, García Hoz, Fontán, Millán Puelles, Gamba, Palacios, Pujals, &c. Entre los segundos, José Luis Comellas, José Luis Illanes, José Manuel Cuenca Toribio, Valentín Vázquez de Prada, Carlos Baliñas, Mario Hernández Sánchez Barba, &c. Y en la tercera, Amando de Miguel, Antonio Sánchez Gijón y otros. A ellos se añade la colaboración de conservadores más o menos independientes como Melchor Fernández Almagro, Federico Sopeña, Miguel Crusafont, Juan Beneyto, &c. Antiguos intelectuales exiliados como Eduardo Nicol y Luis Recasens Siches. Y pensadores conservadores extranjeros como Eric Voegelin, Reinhard Kosselleck, Zbigniew Brzezinski, Werner Jaeger, Werner Heisemberg, Etienne Gilson, incluso se anunció la colaboración de Fernand Braudel.

El fin de la revista coincide con el propuesto por el renovado *Opus Dei*: cristianizar la cultura, influyendo decisivamente en ella. Pero huyendo del tradicionalismo. Lo que se hará más respecto del signo que de la nómina de autores, que si bien se enriquecerá con otros afluentes no prescindirá de algunos de los antiguos. La razón, en buena medida, es el carácter de Pérez Embid. Por eso Gamba y algunos otros, alejados de las posiciones de la nueva revista, siguen colaborando en ella.

Sus páginas, pues, venían a avalar las nuevas tendencias del catolicismo conservador. *Atlántida* recibió positivamente la declaración de libertad religiosa y el contenido del Concilio Vaticano II. De hecho, la revista dedicó un número extraordinario al tema, en el que colaboraron, entre otros, Millán Puelles, Luis Recasens Siches, Amadeo Fuenmayor y Gustave Thils.

Para Millán Puelles, el principio de libertad religiosa era “un signo fundamentalmente positivo”, “un bien *per se*”. Y es que la libertad religiosa estaba fundamentada en la dignidad de la persona humana, “una persona con la que Dios quiere un libre diálogo”<sup>60</sup>. Por su parte, Recasens Siches –discípulo de Ortega y Gasset y (singular) exiliado tras la guerra civil– consideraba la libertad

60 “La dignidad de la persona humana”, *Atlántida*, nº 24, noviembre-diciembre 1966, p. 577.

religiosa como un derecho esencial de la persona humana. Era, en el fondo, la única de todas las libertades que poseía un “carácter absoluto”. En ese sentido, consideraba que en la doctrina cristiana y el desarrollo histórico del cristianismo había existido una “hiriente contradicción” entre la intolerancia religiosa, por una parte, y la doctrina mantenida por la mayoría de los filósofos cristianos, por otra. Los fundamentos teológicos y doctrinales de la intolerancia habían sido “suprimidos y sepultados por el Concilio Vaticano II”<sup>61</sup>.

En otro orden de cosas, el filósofo Raúl Gabás se esforzó en deslindar el cristianismo de las ideologías políticas. Y es que, a su entender, la columna vertebral del orden político no podía ser otra que “la razón conciente de su relatividad”, mientras que las ideología políticas pecaban de absolutismo y contradecían ese principio axial de la convivencia social. En ese sentido, la actividad pública de los cristianos debía estar sujeta a la norma de razón: “El cristianismo, en virtud de sus principios esenciales, nada tiene que ver con una ideología, pues acepta siempre la norma de razón. No todas las verdades cristianas son demostrables, pero ninguna afirmación cristiana es antirracional. Los mismos misterios no están en contradicción con la razón”. De ahí su alabanza al contenido del Concilio, del que había nacido “una nueva línea de cristianismo desideologizado, más abierto al orden universal de la creación y de la historia humana, más respetuoso con la autonomía de los diversos campos de la existencia y, consecuentemente, con la ley impuesta por Dios en el seno de la naturaleza”<sup>62</sup>. Muy en la línea de la espiritualidad característica del *Opus Dei*, con su insistencia en el principio del activismo mundano, José Luis Illanes propugnaba, frente al proceso de secularización contemporáneo, una “teología de la existencia terrena” y mostrar que esa teología solo podía realizarse “a partir de una profesión neta, honda y vivida de la realidad de Dios”<sup>63</sup>.

*Atlántida* dejó de publicarse a comienzos de 1972. Su desaparición estuvo motivada, según Fernández de la Mora, por razones económicas. Como sabemos, la financiación fue asumida por la editorial Rialp, cuyo administrador era Pérez Embid, que murió prematuramente en diciembre de 1974. Su ímpetu vital había disminuido desde 1972; además, se vio absorbido por la Dirección General de Bellas Artes y de la Universidad Menéndez Pelayo. “Sin el tesón y la entrega de Florentino y sin la asistencia financiera de una empresa –señala Fernández de la Mora– *Atlántida* era imposible”<sup>64</sup>. Posteriormente, Fernández

61 “La libertad religiosa, derecho de la persona humana”, *Atlántida*, nº 24, noviembre-diciembre 1966, p. 623-629.

62 “Ideología y cristianismo”, *Atlántida*, nº 25, enero-febrero 1967, p. 67-68.

63 “El fenómeno contemporáneo de la secularización”, *Atlántida*, nº 43, enero-febrero 1970, p. 23-24.

64 Contestación al cuestionario de Conchita García Moyano, en Archivo Fernández de la Mora, 7-XI-1988.

de la Mora criticó el contenido de la revista por sus “leves compromisos críticos y su compromisos con la actualidad”<sup>65</sup>.

En cualquier caso, con la desaparición primero de *Punta Europa* y luego de *Atlántida* la derecha intelectual quedó sin órganos de expresión. Tras el asesinato del almirante Carrero Blanco, Fernández de la Mora propugnó una política de “rearme intelectual” por parte del régimen<sup>66</sup>. Nadie le siguió en ese proyecto. Muerto Franco, Manuel Fraga hizo referencia a la posibilidad de actualización del legado de *Acción Española*<sup>67</sup>, que igualmente quedó en agua de borrajas, lo cual favoreció posteriormente el retorno de la tradición liberal-conservadora.

## VERBO

La revista de pensamiento político *Verbo* fue fundada en 1962 por el Auditor de Guerra del Ejército y letrado del Consejo de Estado, pronto Académico de Ciencias Morales y Políticas, Eugenio Vegas Latapie (1907-1985) y por el Académico de Jurisprudencia y Legislación, y luego también de Morales y Política, Juan Vallet de Goytisolo (1907-2011), editada por la Fundación *Speiro* y vinculada a los llamados *Amigos de la Ciudad Católica*. Puede ser considerada como heredera de la revista *Acción Española* e idealmente unida a ésta en una común finalidad apostólica, referente para el conocimiento del pensamiento político tradicional hispánico y del derecho público cristiano del siglo XX y de principios del XXI, y encuadrada en lo que se ha dado en llamar la corriente de los “otros” católicos, en clara diferenciación con la democracia cristiana.

Desde sus inicios hasta la actualidad, *Verbo* se ha publicado ininterrumpidamente a lo largo de más de cincuenta años, habiéndose superado con creces los 500 números y las 50.000 páginas. El director actual es el catedrático de Ciencia Política y Derecho Constitucional en la Universidad Pontificia de Comillas Miguel Ayuso Torres.

En cuanto a su contenido<sup>68</sup>, su principal característica –aunque no exclusiva– ha sido ser una revista de doctrina social católica; mientras que en cuanto a su aspecto formal ha sido una revista de formación doctrinal y de acción cultural según el derecho natural y cristiano. En ella ha predominado su aspecto formativo, dirigido a difundir los principios básicos del orden católico, a formar a los lectores y a los grupos de estudio en la doctrina social de la Iglesia, aplicarlos a temas concretos en la sociedad actual y proporcionar los elementos

65 Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba...*, p. 123 y s.

66 “La erosión del sistema”, *ABC*, 14-III-1975.

67 Manuel FRAGA IRIBARNE, *La Monarquía y el país*, Barcelona: Planeta, 1977, p. 134.

68 Miguel AYUSO TORRES, “El lugar intelectual de Verbo”, *Razón Española*, nº 22, marzo-abril 1987, p. 207-208.

necesarios en aspectos sustanciales para una reconstrucción social conforme al lema de San Pío X: “*Instaurare omnia in Christo*”.

Además, desde el principio, se encuentra presente en la revista –junto a la parte básica del estudio de la enseñanza social y política católica– el pensamiento tradicional hispánico, entendido en sentido amplio, y en el reducido, como expresión legitimista del carlismo. Aun no siendo *Verbo* propiamente una revista carlista, podemos afirmar que el carlismo ha jugado un papel relevante en ella: (a) al haber sido una de las corrientes de pensamiento que influyeron de manera decisiva en el origen de la revista, (b) al encontrarse en sus diversos números desarrollados teóricamente (al menos de forma tácita) los principales principios que conforman la doctrina-jurídica del carlismo, (c) al haber contado con la colaboración de publicistas e intelectuales carlistas españoles y de otras latitudes como Rafael Gamba o Francisco Canals, que comenzaron su colaboración en la revista al terminar la fase fundacional, luego Elías de Tejada y su escuela y finalmente Álvaro d’Ors, y (d) al haber publicado artículos que de manera explícita o implícita se hace referencia al carlismo.

Los antecedentes de la revista *Verbo* hemos de situarlos en la segunda mitad del siglo XX, más concretamente en el verano de 1946, con la puesta en marcha por el francés Jean Ousset, que había sido secretario de Charles Maurras, de una iniciativa denominada primero *Centro de Estudios Críticos y de Síntesis* y más tarde *La Cité Catholique*<sup>69</sup>. Definida como un “centro internacional de acción cívica”, caracterizado por la formación de sus miembros en el estudio de los principios fundamentales del orden social cristiano a la luz de las enseñanzas pontificias y de los grandes apologistas cristianos, para pasar posteriormente a la acción de difundirla en los distintos ámbitos de la sociedad mediante “células”, que consistían en reuniones de amigos, con cierta afinidad psicológica, por regiones o por actividades profesionales, en las que periódicamente se comentaba un número de su boletín *Verbe*<sup>70</sup>. En él se fueron publicando importantes colaboraciones como *La introducción a la Política* o *El Trabajo*, de Jean Ousset.

Fue en 1949 cuando *La Cité Catholique* adquirió consistencia –previo el encuentro de algunos hombres y el perfilamiento de sus ideas en los tres años que precedieron–, mediante un congreso que reunió una veintena de personas en Saint-Etienne. Fue lo que luego se ha llamado el primer Congreso de *La Cité Catholique*.

Es en el año 1956 cuando Eugenio Vegas Latapié, a través de su amigo el diplomático Alberto de Mestas, tuvo conocimiento de la existencia de *La*

69 Puede verse Raphaëlle DE NEUVILLE, *Jean Ousset et la Cité Catholique*, Bouère: DMM, 1998. También los ensayos publicados en el nº 325-326 (1994) de *Verbo* por Miguel Ayuso, Estanislao Cantero, Fernando Claro y Juan Vallet de Goytisolo con motivo de la muerte de Ousset.

70 Louis SALLERON, “Esta misteriosa Ciudad Católica”, *Verbo*, nº 7, 1962, p. 92.

*Cité Catholique* y de su revista *Verbe*. Se desplazó a París y asistió el 11 de julio de ese año, en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Issy-les-Moulineau, al IX Congreso de *La Cité Catholique*, que tuvo como tema principal *La paysannerie*. Allí conoció personalmente a Jean Ousset, a Michel Creuzet y a Michel de Penfentenyo. Volvió a España entusiasmado por las ideas y métodos conocidos, convocando y movilizándolo a sus amistades, principalmente sus antiguos compañeros de *Acción Española*, en la labor de promoción y fundación de grupos de estudio, o células, de amigos de *La Ciudad Católica*.

Se decidió revestir jurídicamente a la recién creada *Ciudad Católica* fundando una sociedad editorial. Constituyéndose al respecto Speiro S.L., el 28 de febrero de 1961. Fueron socios fundadores: Eugenio Vegas Latapié, Juan Vallet de Goytisolo, Luis Chico de Guzmán y Barnuevo, Luis Enrique González-Iglesias Rodríguez San Pedro, Eugenio Mazón Verdejo, Guillermo González-Arnau y García Rendueles y Francisco de Gomis Casas.

En abril de 1961 tuvo lugar en el Monasterio de Santa María del Paular, la I Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, y también en este año Eugenio Vegas publicó en castellano el libro *Para que Él reine*, de Jean Ousset.

Ya en el año 1962, para cumplir con el objetivo de la *Ciudad Católica* – formar sólidamente en la doctrina social católica, mediante el estudio de la misma por pequeños grupos, para asimilarla mediante discusión amistosa–; para “trabajar para contribuir a hacer realidad en el mundo en que vivimos el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo”; y como instrumento de trabajo de las células, se decidió elaborar una revista, escogiéndose como modelo para ello la publicación francesa *Verbe*. Su número 89 contenía una síntesis de los cuadernos de estudio publicados por *La Cité Catholique*, y fue el elegido para traducir y publicar como número 1 de la revista *Verbo*.

Siguiendo los índices de la revista *Verbo* se puede advertir que su trayectoria, partiendo de su finalidad, se ha caracterizado por la exposición de la doctrina católica y del pensamiento político hispánico, puestos de relieve tanto en los artículos dedicados a su explicación o divulgación, como en las críticas efectuadas a todas aquellas doctrinas o movimientos que los han puesto en tela de juicio o que constituyen su más radical negación.

La tarea de *Verbo* ha sido, sobre todo, enseñar y divulgar que existe un orden natural creado por Dios que el hombre ha de descubrir, reconocer y someterse a él. La doctrina social católica y el derecho natural constituyen los dos pilares fundamentales para intentar conseguir que la sociedad responda a ese orden natural. El carácter contrarrevolucionario no es sino una derivación, motivada por ser la Revolución la oposición a la realeza social de Cristo Rey.

Entre sus características definitorias se encuentran la de ser una revista católica, tomista, iusnaturalista y de pensamiento político tradicional. En base



a esta última, ha reivindicado autores –con reproducción de algunos textos y estudios sobre su pensamiento– como Donoso Cortés, Balmes, Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, el último García Morente, Ramiro de Maeztu o *Acción Española*; pero, además, el pensamiento que afluyó, y hasta hoy se expresa en la revista, es el del tradicionalismo hispánico<sup>71</sup>.

Dentro de los influjos y corrientes que convergieron en el nacimiento de *Verbo* y de la *Ciudad Católica* son, según Vallet de Goytisolo<sup>72</sup>:

- En primer lugar, Vegas, el cual no quiso repetir el modelo de *Acción Española*, sino que quiso hacer algo distinto, en la línea de la formación de élites en el derecho público cristiano<sup>73</sup>. Destacando entre sus amigos José Antonio García de Cortázar, Gabriel Alférez, Gabriel de Armas, Guillermo González-Arno, los Rato, Martín Almagro, Manuel Arquer, Luís Chico de Guzmán, Augusto Díaz-Cordovés, José Cervera, Francisco Gomis, José Luís Vives, Emilio de Miguel, Gonzalo Muñiz, Juan José Morán, Francisco José Fernández de la Cigoña, etc.
- En segundo lugar, el tradicionalismo político español, particularmente legitimista, esto es, el carlismo. Si Vegas contó en *Acción Española* con intelectuales y publicistas como Víctor Pradera y “Javier Reina”, en *Verbo* iba a disponer desde el inicio, que además fue creciendo, de un grupo importante de carlistas que ya antes hemos mencionado. A los que se debe añadir el equipo de *Schola Cordis Iesu barcelonesa*, animada por el padre Ramón Orlandis, y posteriormente dirigida por el catedrático de metafísica Francisco Canals Vidal, donde encontramos a los profesores Petit y Alsina, y durante cierto tiempo también a Eudaldo Forment.

A mediados de los sesenta se inicia la participación de Francisco Elías de Tejada con su escuela, entre otros destacar a Badillo, Brafau, Fernández-Escalante, Lamsdorff, López Calera, Pérez Luño, Porrás del Corral, Puy, Serrano Viñafañé, etc.

- En tercer lugar, el influjo francés de *La Cité Catholique* de Jean Ousset y sus colaboradores: Patricio Jobbé-Duval, Jean-Pierre Moreau, Jacques Trémolet de Villers. También en relación con Ousset: Michel de Penfentenyo, Marcel Clement, Michel Creuzet y Arnaud de Lassus. Girando en torno a la revista *Itinéraires*: Jean Madiran, Luis Salleron, Marcel De Corte, Gustave Thibon o los hermanos Henri y Andre Charlier.

71 Juan CAYÓN, “Verbo”, *Verbo*, nº 425-426, 2004, p. 388-393.

72 Miguel AYUSO TORRES, “Cuarenta años de Verbo”, *Verbo*, nº 399-400, nov-dic. 2001, p. 787-793, y Miguel AYUSO TORRES, “Cincuenta años”, *Verbo*, nº 499-500, nov-dic. 2011, p. 755-760.

73 Elías de Tejada, carlista integérrimo bien dispuesto a colaborar en la obra de la *Ciudad Católica*, no estaba de acuerdo en cambio con *Acción Española*, de modo que se disgustó precisamente en una ocasión en que se efectuó esa comparación. Intervino Vallet y el problema se resolvió. Lo cuenta este último, aunque sin mencionar el nombre de Elías de Tejada, precisamente en el obituario que le dedicó a Vegas en el nº 239-240, 1985, p. 1191 y s.

- Y en cuarto lugar habría que añadir, un cuarto afluente, la propia obra de Vallet, que ha pasado a un grupo de personas que se adscriben a sus criterios y le tienen como maestro: Miguel Ayuso, Estanislao Cantero, Consuelo Martínez-Sicluna, Juan Cayón, José Joaquín Jerez, José Díaz Nieva, etc.

Deben mencionarse, además, para tener una visión correcta del significado de la empresa cultural a otros nombres que no encajan en los grupos anteriores y sirven para completar el panorama: Germán Álvarez de Sotomayor, Luis González Iglesias, Gonzalo Cuesta, Augusto Díaz-Cordovés, Julio Garrido, José Gil Moreno de Mora, Julián Gil de Sagredo, Jesús Valdés y Menéndez-Valdés. Y los sacerdotes Agustín Arredondo, S.J., Eustaquio Guerrero, S.J., Bernardo Monsegú, C.P., Victorino Rodríguez, O.P., y Teófilo Urdánoz, O.P.

*Verbo* ha servido para canalizar una nutrida y fecunda red internacional de pensamiento tradicional o contrarrevolucionario<sup>74</sup>, que en la primera hora dio cabida en sus páginas a colaboradores de la revista francesa *Itinéraires* como Louis Salleron, Marcel De Corte, Gustave Thibon, los hermanos Charlier, y su director Jean Madiran. Posteriormente, también ha existido presencia francesa en *Verbo* de la mano, entre otros, de Jean Dumont o Patricio Jobbé-Duval y, últimamente, de Bernard Dumont, director de *Catholica*. Ha existido también, en cuanto colaboraciones, una apertura hacia Hispanoamérica (destacando, entre otros muchos, los chilenos Juan Antonio Widow y González Ibáñez, de los argentinos Guido Soaje, Alberto Caturrelli, Carlos Sacheri, Patricio Randle y Bernardino Montejano, de los peruanos Vicente Ugarte del Pino y Alberto Wagner de Reyna, del brasileño José Pedro Galvão de Sousa, del colombiano Alejandro Ordóñez, y del mejicano Federico Müggenburg), y europeos y del resto del mundo (el norteamericano Frederick D. Wilhelmsen, el húngaro Tomas Molnar, el polaco Miguel Poradowski, el rumano Jorge Uscatescu, los portugueses Luis Sena Esteves o Antonio Da Cruz Rodríguez, los italianos Michele Federico Sciacca y Danilo Castellano, etc.).

### RAZÓN ESPAÑOLA

El cambio de gobierno en España en febrero de 1957 fue el comienzo de un giro radical en la política económica –que culminaría con el plan de estabilización de 1959– y de adquisición de nuevos tipos de legitimidad por parte del régimen. Laureano López-Rodó se reunió con Gonzalo Fernández de la Mora en El Escorial, para elaborar las primeras bases de la Ley de Principios del Movimiento Nacional y de lo que luego sería la Ley Orgánica del Estado. Dicha ley suponía una clara continuidad con la Ley de Sucesión de 1947, ratificando como forma política la Monarquía tradicional. El Movimiento se definía como

<sup>74</sup> Miguel AYUSO, “Cincuenta...”, p. 757-759.

“comunidad de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada”. Se garantizaba la confesionalidad católica del Estado y hacía suya la doctrina social de la Iglesia. La representación corporativa era la única representación legal. Y los principios eran, por esencia, “permanentes e inalterables”<sup>75</sup>.

Tanto López-Rodó como Fernández de la Mora suponían, por una parte, que el desarrollo económico era, en aquellos momentos, la necesidad prioritaria.

El teórico por excelencia de lo que podemos llamar, siguiendo a Manuel García-Pelayo, “Estado tecnoautoritario” fue Gonzalo Fernández de la Mora, quien en 1965, publicó, en la editorial Rialp, *El crepúsculo de las ideologías*, obra que supuso un cambio de paradigma en el desarrollo doctrinal de la derecha española<sup>76</sup>. Fernández de la Mora aceptaba, en esta obra, la conciencia moderna, es decir, la racionalidad funcional del cálculo y la eficacia; la racionalidad que acepta el “desencanto del mundo”, y con ello la fragmentación de cosmovisiones, la pérdida de la unidad cosmovisional religiosa y, sobre todo, la experiencia del relativismo.

También Fernández de la Mora, en la revista, ha desarrollado su fundamentación del “racionalismo”, término acuñado por su amigo Ernesto Giménez Caballero. Ha reivindicado los logros del régimen franquista, la unidad e identidad nacional española, ha criticado los nacionalismos periféricos y propugnado un liberalismo con cierto intervencionismo estatal para corregir excesos.

En octubre de 1983, apareció el primer número de la revista *Razón Española*, cuya dirección recayó en Fernández de la Mora, que ya se encontraba retirado de la política activa, y que desarrolló en sus páginas el proyecto de modernización selectiva del ideario conservador español.

Dirigida la revista por Fernández de la Mora hasta su muerte, de periodicidad mensual, y sobrepasando los 150 números, contó entre sus colaboradores con Ricardo de la Cierva, José Luis Comellas, Antonio Millán Puelles, Luis Suárez, Jesús Fueyo, Juan Velarde, Vintila Horia, Enrique Zuleta, Dalmacio Negro, Vicente Marrero, Vicente Palacio Atard, entre otros muchos.

En la idea fundacional *Razón Española* quería reunir a lo más valioso del pensamiento conservador, en especial de España, pero también de Europa, Hispanoamérica y Estados Unidos. Y así fue, desde luego, en una primera época, en la que la huella de Fernández de la Mora (con sus temas y afinidades, también con sus animadversiones) era bien patente. Todavía en vida del fundador se produjo una polarización hacia los temas políticos más coetáneos, constituyéndose de modo primario en un instrumento para la defensa de la obra del régimen del general Franco. Lo que determinó un giro y una cierta pérdida

<sup>75</sup> *Leyes Fundamentales del Reino*, Madrid: 1971, p. 37-40.

<sup>76</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de...*, p. 202-207.

de calidad intelectual. Lo que se ha hecho evidente tras la muerte del político y diplomático. En efecto, salvo las colaboraciones regulares de Dalmacio Negro y Pedro González Cuevas (y las más esporádicas de Jerónimo Molina), los textos que se dan a la estampa en muchas ocasiones carecen de interés universal y aun de fuste intelectual.

Se ha pretendido situar la continuidad de *Acción Española* en la revista de Fernández de la Mora, pero probablemente resulta equivocada tal pretensión, además de sinceramente desmentida por el concernido. Es cierto que Fernández de la Mora quiso desarrollar un proyecto de modernización selectiva del ideario conservador. Pero Vegas, en su tiempo, sólo quiso adaptar metodológica y no doctrinalmente el pensamiento tradicional y aun tradicionalista. A diferencia de lo pretendido por los colaboradores de *Verbo*, que desde luego sí pueden situarse en esa continuidad, con todos los límites que se quiera, Fernández de la Mora estimaba que ya no podía defenderse *in toto* el antiguo proyecto de *Acción Española*: porque tras el Concilio Vaticano II la confesionalidad del Estado ya no era sostenible; y lo mismo ocurría con el monarquismo tradicional, porque la propia dinastía había renunciado a ese modelo político y aceptado el liberalismo constitucional. Lo que todavía resultaba actual en el legado de la revista dirigida por Maeztu era la interpretación menendezpelayana del pasado nacional y la representación corporativa<sup>77</sup>.

El mismo Fernández de la Mora ha reconocido que se trata de algo distinto:

“Respecto a la confesionalidad del Estado y las formas de gobierno los parámetros son otros; el liberalismo ha cambiado de posición y hoy es un bastión antimarxista; el pensamiento de la Iglesia no es homogéneo. Pero, sobre todo, la concepción tradicional del mundo puede defenderse no con postulados sino con la pura razón; el racionalismo es un método conservador”<sup>78</sup>.

Es claro, pues, que *Razón Española*, por su “razonalismo”<sup>79</sup> humanista y liberal —que no es homogéneo—, está más próxima del conservantismo que se lleva por Europa y EE.UU. que del puro pensamiento tradicional al que *Verbo* se mantiene fiel al cien por cien<sup>80</sup>.

<sup>77</sup> “Acción Española”, *Razón Española*, nº 14, 1985, p. 345 y s.

<sup>78</sup> Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, entrevista en *El Alcázar* del 2-X-1983.

<sup>79</sup> *Razón Española*, nº 20, 1986, editorial.

<sup>80</sup> Cfr. Miguel AYUSO, “Una empresa ‘razionalista’”, *Verbo*, nº 301-3012, 1992, p. 221-223. Las personas que hacen *Verbo* siempre mostraron aprecio por Fernández de la Mora pese a las evidentes discrepancias, que habían emergido en no pocas ocasiones (así, por ejemplo, en la crítica que Fernández de la Mora hizo en *ABC* del libro de Vallet de Goytisolo, *Sociedad de masas y derecho*). Y que, con motivo de las colaboraciones enviadas por Fernández de la Mora a *Verbo* (sobre el materialismo histórico o el fascismo) obligaron a la revista a efectuar

Aún así, Fernández de la Mora manifestó reiteradamente su aprecio por *Acción Española* –considerándose su discípulo– y por sus representantes más importantes, que a su juicio eran Pradera, Maeztu y Vegas<sup>81</sup>.

Fernández de la Mora fue el único intelectual de la derecha española capaz de reflexionar sobre los fundamentos teóricos y epistemológicos de un nuevo conservadurismo<sup>82</sup>. Se sintió seducido –como antes lo estuvo y no dejó de estarlo por Ortega y Gasset– por el desarrollo teórico del neoliberalismo económico y político de Milton Friedman y Friedrich von Hayek, que se había convertido en la auténtica alternativa al socialismo y a la democracia: “El liberalismo es una ideología que reivindica un valor permanente y noble, el hombre, mientras que la democracia es un método que apela a una receta coyuntural y vulgar, el número. De ahí la necesaria subordinación de la aritmética a la ética y de lo democrático a lo liberal”<sup>83</sup>.

Significativa es su revalorización del organicismo krausista, cuyo correlato político era un corporativismo compatible con el liberalismo, y con el pluralismo social y político. En este sentido, Fernández de la Mora ha propuesto una serie de correctivos: independencia de los distintos poderes; democratización interna y transparencia en los distintos partidos; ruptura del monopolio partitocrático de la representación, “facilitando las candidaturas independientes, prohibiendo la disciplina de partido y asegurando el voto secreto en todas las asambleas”; promoción de otras formas de canalización del voto, a través de la representación de intereses sociales; recurso al referéndum; circunscripciones electorales unipersonales o, al menos, listas abiertas; fiscalización de los miembros de la clase política, etc.<sup>84</sup>

En la revista, Fernández de la Mora ha desarrollado su fundamentación filosófica del “razonalismo”. El razonalismo no es un racionalismo. Mientras

---

algunas precisiones. En realidad, no hubo colaboración que no se resolviera en una civilizada polémica. En el libro homenaje a Fernández de la Mora pueden observarse también críticas amistosas de Miguel Ayuso y Danilo Castellano. Para no alargar este asunto, remito a la colección de *Verbo* y al artículo sobre *Razón Española* publicado por Estanislao Cantero en el nº 3, 2003, de *Empresas Políticas*, Murcia: p. 169 y s.

81 La figura de Fernández de la Mora resulta singular por muchas razones. Últimamente, con este artículo terminado y en fase de revisión, se ha publicado una biografía ambiciosa y bien trabajada de Pedro González Cuevas (*La razón conservadora: Gonzalo Fernández de la Mora*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2015), que tiene algo de apologético y, por lo mismo, de no problemático. Porque, a nuestro juicio, el gran tema es la problematicidad interna de una vida y una obra afectadas fuertemente por tensiones existenciales y doctrinales. Así, un cierto agnosticismo no deja de impregnar una vida y una obra marcadas por la formación católica tradicional. Lo mismo podría decirse de algunas tomas de posición a lo largo de su ejecutoria que contradicen parcialmente otros de los presupuestos de ésta. Todo ello es evidente no sólo en su obra intelectual sino también en la parte que supuso la dirección de *Razón Española*. El tema, con todo, superó lo que aquí podemos decir.

82 Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *El pensamiento político de...*, p. 260-266.

83 Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, “La democracia antiliberal”, *ABC*, 30 de abril de 1982.

84 “Las contradicciones de la partitocracia”, *Razón Española*, nº 49, 1991, p. 201 y s.

el racionalismo se contraponen a fideísmo y empirismo, el racionalismo rechaza el patetismo y el voluntarismo; se trata de la razón frente “a la pasión y a la arbitrariedad”. El racionalismo, a diferencia del racionalismo, arranca del hecho de la existencia de “dosis inmensas de irracionalidad en el comportamiento humano”; pero que, al mismo tiempo, ha de ser la razón la que debe “dominar a las pasiones y a la veleidad”<sup>85</sup>.

*Razón Española* ha reivindicado los logros del régimen franquista, la unidad e identidad nacional española; ha criticado el sistema de partidos, lo mismo que los nacionalismos periféricos; y propugnado un liberalismo con cierto intervencionismo estatal para corregir excesos. En concreto, el economista Juan Velarde propuso para salir de la crisis de los ochenta una economía de mercado según el modelo occidental con mayor liberalización, reducción del sector público y contención del gasto mediante la austeridad presupuestaria<sup>86</sup>.

La revista se resintió de la muerte de Fernández de la Mora, su fundador y guía, acaecida en febrero de 2002. No obstante, y contra no pocos pronósticos, ha logrado su continuidad y la renovación de su lista de colaboradores, bajo la dirección de Gonzalo Fernández de la Mora y Varela, hijo del autor de *El crepúsculo de las ideologías*.

## CONCLUSIONES

La revista *Acción Española* (1931-1936) fue el fruto de un movimiento intelectual, político, histórico y cultural, que entroncaba con el pensamiento político tradicional hispano que comenzaba con Menéndez Pelayo, seguía con Vázquez de Mella y finalizaba en Ramiro de Maeztu, que aglutinó en torno a ésta a diversos pensadores de la época, y cuya influencia fue decisiva en muchos de los acontecimientos de nuestra patria en el primer tercio del siglo XX.

La finalidad y estrategia de acción cultural sobre unas mismas bases político-intelectuales de *Acción Española* sirvió de referente a una serie de publicaciones, entre las que se encuentran *Arbor*, *Ateneo*, *Punta Europa*, *Atlántida*, *Verbo* y *Razón Española*, que fueron surgiendo tras la desaparición de ésta, continuando las dos últimas hasta nuestros días, manteniendo con ello (con todos los matices que se quiera) el legado que supuso aquel movimiento.

Caracterizadas, al igual que *Acción Española*, por contar con el factor aglutinante de lo religioso y lo patriótico, tuvieron un papel relevante en la teorización del tradicionalismo político del siglo XX, pues contaron como colaboradores con sus principales intelectuales, manteniendo con ello este ideal vivo

<sup>85</sup> “Racionalismo y racionalismo”, *Razón Española*, nº 20, 1986, p. 258-259.

<sup>86</sup> “La salida a la crisis económica”, *Razón Española*, nº 10, 1985, p. 163-176. “Una nueva política económica”, *Razón Española*, nº 35, 1989, p. 261 y s.

hasta el día de hoy y constituyéndose en fuente esencial para su conocimiento.

A nivel de dirección de las revistas, lo que significó Eugenio Vegas en *Acción Española*, es en este sentido el primer Rafael Calvo Serer para *Arbor*, Vicente Marrero para *Punta Europa*, Florentino Pérez-Embid para *Ateneo y Atlántida*, Vallet de Goytisolo para *Verbo* y Gonzalo Fernández de la Mora para *Razón Española*.

Además, por haber estado presente en la vida de España desde los años 30 del pasado siglo hasta hoy, y por tanto en los acontecimientos históricos-políticos-culturales desarrollados durante este tiempo, dichas publicaciones tienen una importancia añadida, pues en sus artículos podemos encontrar diversas y relevantes valoraciones sobre ellos.